



PERIODICO PARA TODOS

Administración:
CH 1236 CARTIGNY/GE
Suiza

PUBLICACION QUINCENAL

Subscripciones
Suiza, 1 año . . . Fr. 5.--
Otros países . . . \$ 3.--

Maravillosas y vivificantes impresiones

Exposición del Mensajero del Eterno

CUANTA felicidad experimentamos cuando nos sentimos favorecidos por la radiante y benéfica luz que sale de los santuarios de las moradas del Altísimo y que recibimos así el poder de la vida y de la bendición! Es una sensación inexpresablemente benéfica para el corazón estar bajo la acción del espíritu de Dios y sentir los efluvios del amor divino. No existe felicidad comparable con esta.

El Señor habló de una manera amable y optimista al referirse a sus queridos discípulos. El dijo: "Vosotros sois la luz del mundo, la sal de la tierra." Dijo también que es propio de la sal conservar su sabor, porque si la pierde, ya no es útil, no se conserva ni tampoco sirve para conservar lo que sea.

Es lo mismo respecto a los hijos de Dios; pues si quieren poder transmitir el sabor divino, tienen que poseerlo y conservarlo, porque es un poder de vida y de bendición. Esta es una exhortación que nos concierne; es cada uno de nosotros que debe realizar esta situación y mantenerse en ella.

El salmista nos comunica impresiones maravillosamente consoladoras. Dijo en el salmo 23: 6: "Ciertamente la felicidad y la gracia me seguirán todos los días de mi vida." Naturalmente, esta es una situación que requiere la realización de ciertas condiciones.

En efecto, actualmente la suerte de los seres humanos no es la felicidad. Tienen algunos regocijos ficticios momentáneos, pero son efímeros, no son durables ni verdaderos. Por eso, están inclinados a buscar continuamente nuevas diversiones para salir de la situación de tristeza que a menudo les invade y que vulgarmente llaman morriña.

Es muy distinto en cuanto a los hijos de Dios, porque éstos procuran concretarse al pensamiento del Señor. Evitan lo más posible las distracciones, haciendo así lo contrario de los seres humanos en general. Procuran buscar la sabiduría divina, y se separan de la sabiduría del mundo, que es una locura.

Esta falsa sabiduría representa una especie de éter, de ambiente diabólico en el cual el mundo vive y está sumido sin poder evitarlo. Este ambiente es mantenido fuera del Reino de Dios con mentiras, maldad y animosidad, lo que hace que el mundo esté doblemente separado de la influencia divina.

Por lo tanto, si queremos realizar el pensamiento de David, es menester absolutamente que nos aislemos por completo del espíritu del mundo, que es autoritario, se vale de la violencia, y que siempre quiere imponerse a nosotros.

El pasaje que meditamos del salmo 23, es precedido por estas palabras: "El Eterno es mi

Pastor, nada me faltará. En lugares de delicados pastos me hace descansar; junto a aguas de reposo me pastoreará, confortará mi alma". Después de haber expresado estos pensamientos, es cuando David exhala su entusiasmo diciendo: "Ciertamente, la felicidad y la gracia me seguirán todos los días de mi vida."

Si queremos sentir en lo íntimo de nuestra alma estas maravillosas impresiones divinas, es necesario que estemos en comunión con el Eterno y que experimentemos su presencia. Para esto, es indispensable que tengamos una actitud muy humilde y muy digna ante el Todopoderoso.

Debemos abrirle completamente nuestro corazón a Dios, como un niño que pone toda su confianza y todo su destino en las manos de su Padre celestial. Entonces podemos realizar las inefables impresiones de la ternura que tiene el Todopoderoso por nosotros; pues El nos ama grandiosa y profundamente, y toda la cuestión es que podamos sentirlo.

Si queremos correr la carrera con éxito, es menester dejar que el Eterno ocupe el primer lugar en nuestro corazón; pues, si no, nunca podremos resistir a las astucias del diablo, sobre todo en los tiempos especialmente serios en que estamos viviendo. Conviene, pues, que pongamos toda nuestra alma en la práctica de la verdad.

En realidad, son muy pocos entre nosotros los que en este ejercicio emplean todas sus fuerzas. Sin embargo, no hay otra manera de lograrlo. En efecto, si tomamos verdaderamente al Eterno como nuestro Pastor, y si obramos con todo nuestro corazón, participaremos de una abundante bendición.

Los hijos de Dios que se conducen como verdaderas ovejas del buen Pastor están en una constante felicidad, y nadie puede causar su desgracia ni inducirlos en el error. Tienen el discernimiento que viene del espíritu de Dios, porque la estrella de la mañana amanece en su corazón.

Por eso, los más refinados lazos, trampas y obstáculos del adversario no surten efecto alguno en los verdaderos hijos de Dios. Esta situación inefable cada uno de nosotros puede realizarla. Naturalmente, esto requiere una completa honradez en los caminos divinos, ninguna división ni asociación alguna con el espíritu del mundo.

Estamos formando la familia divina, en la cual solamente nos ocupamos del Reino de Dios y de nada más; es lo único que nos interesa. En esta familia, por una parte corren por el pequeño rebaño; por otra, están a su lado los que forman el Ejército del Eterno.

Los consagrados siguen al Cordero adon-

dequiera que va. Nuestro querido Salvador era irreprochable en todo. El pequeño rebaño debe realizar la misma mentalidad. El Señor Jesús quiere hacer aparecer a su esposa santa, irreprochable, sin mancha ni defecto, ni cosa semejante. Si vivimos las condiciones del Reino de Dios, lo conseguiremos fácilmente, porque el Señor pone siempre lo que falta; pero desea de nosotros una sinceridad absoluta.

En cuanto a los miembros del Ejército del Eterno, pueden también andar sobre seguro, y no temer nada; pero se les pide igualmente tener la honradez del corazón, y la buena voluntad para vencer los obstáculos que los separan de la vida. De esta manera reciben también de parte del Señor todo lo necesario para vencer en su ministerio.

Ya en su tiempo el Eterno dijo por boca de Eliú: "Cuando uno entre mil anuncie al hombre el camino a seguir, el Señor le dirá: Líbralo, porque tengo rescate para él". Naturalmente, es menester que los miembros del Ejército puedan recibir en su corazón las impresiones de la gracia divina, y que estas impresiones se cristalicen en los esfuerzos hechos para el completo cambio del carácter.

En el transcurso de la carrera de discípulos de Cristo, se les presentan toda clase de dificultades, las cuales a veces podrían tener el don de desalentarlos. Pero si hacemos continuamente lo necesario, y si apreciamos suficientemente el sacrificio de nuestro querido Salvador y el inefable amor del Eterno, podremos sentirnos siempre bañados en el vivificante fluido del espíritu de Dios.

Así podremos pasar todas las dificultades fácilmente, sin perder nuestra serenidad ni nuestra confianza. Cuando sólo tenemos el interés del Reino, el diablo no puede influenciarnos. Pero si tenemos que defender intereses particulares, sentiremos temor, porque temeremos perder algo. Todo, pues, depende de lo que hace vibrar nuestro corazón.

En efecto, si el Eterno es nuestro Pastor ¿qué peligro corremos? "En lugares de delicados pastos nos hace descansar, junto a aguas de reposo; por eso nos acompañarán la felicidad y la gracia todos los días de nuestra vida."

Se trata ahora de saber si sentimos continuamente esta maravillosa influencia, o si sólo la sentimos de vez en cuando, en raras ocasiones. Estas son preguntas que es bueno hacernos para saber nuestra verdadera situación.

Tan pronto como abrimos todo nuestro corazón al Señor, y que le confiamos todos nuestros cuidados, podemos sentirnos de súbito transportados en el Reino de Dios, en el ambiente de la alegría y de la bendición. En efecto, es lo que se trata de hacer: confiarle todas nuestras

cargas y no querer guardarlas para nosotros, porque un día u otro podrían hundirnos.

El Señor nos invita tan amablemente: "Venid a mí, todos los que estáis trabajados y cargados, y yo os haré descansar". Si le escuchamos, todo viene a ser fácil.

Es preciso, pues, poder realizar la educación divina, cuyo objetivo es alcanzar esta maravillosa situación de corazón, para poder decir: "Ciertamente la felicidad y la gracia me seguirán todos los días de mi vida, y en la Casa del Eterno moraré hasta el fin de mis días."

Esto significa hasta el fin de la prueba que se presenta a nosotros, la cual nos clasificará definitivamente según el carácter que hayamos adquirido. Si hemos sido fieles, recibiremos el nuevo nombre que ninguno conoce sino aquel que lo recibe. Entonces habremos alcanzado el objetivo, la meta que nos asegura la felicidad completa y durable.

Nuestra vocación y nuestra elección están en nuestras manos. No es como en el mundo, donde se hacen elegir por el pueblo. Aquí es muy distinto, puesto que nos elegimos nosotros mismos según el carácter que realizamos. Como miembros a prueba del cuerpo de Cristo, si queremos heredar la naturaleza divina, debemos funcionar de acuerdo con nuestro ministerio de sacerdote.

Sólo podemos propiciar cuando estamos en la situación de corazón del completo renunciamiento a nosotros mismos. Lo esencial es que todo concuerde armoniosamente y verdaderamente; que siempre nos preguntemos si estamos de acuerdo con lo que hace válida nuestra elección. Si vemos defectos y pobreza en nosotros, podemos recobrarlos y rectificar lo defectuoso hasta conseguir un buen resultado.

Este es un trabajo de cada instante, como cuando queremos afinar un instrumento musical. Vamos probando hasta obtener la armonía del amor divino, que es el punto que nos conviene alcanzar.

Como podemos darnos cuenta, es un trabajo continuo. Si tomamos verdaderamente a pecho el programa divino, la carrera que hemos empezado nos apasiona cada vez más, y el gozo aumenta de día en día en nuestro corazón.

En efecto, cuantos más esfuerzos hacemos, más puede bendecirnos el Señor. Cuanto más nos acercamos al carácter divino por nuestros sentimientos, más notamos también la gracia del Señor. Así las impresiones divinas penetran profundamente en nosotros y la nueva criatura se desarrolla magníficamente.

El adversario pone todo en obra para borrar de nosotros todas las impresiones que hacen el corazón tierno y emotivo. Es preciso no permitirle su acción, ni dejarnos distraer por todas sus sugerencias. Si somos sinceros, debemos reconocer que todavía nos cuesta mucho concentrarnos en las reuniones.

Tengamos, pues, la voluntad de no dejarnos importunar por el adversario. Para que huya de nosotros, es preciso que le opongamos una resistencia enérgica y constante; pero se necesita realizar la perseverancia. Son precisamente estos sostenidos esfuerzos que podrán hacer de nosotros personas que saben lo que quieren y que pueden hacer lo que desean.

Es todo un arte poder seguir los cánticos de un cabo al otro sin distracción. Es lo mismo cuando leemos los votos, así como para las oraciones. Es también una cuestión de fe pensar que el Señor le da al que ora las palabras que pronuncia.

Todo depende de la estima que sentimos por las reuniones, y si podemos percibir la presencia del Señor. Es preciso también tener la fe de que es el Señor que da lo necesario a la asamblea por medio del que preside la reunión. Todo es cuestión de fe, y la fe depende de los sentimientos divinos que cultivamos.

Si la fe, la estima y el sentimiento de la presencia del Señor son realizados por cada uno de los que están reunidos, entonces resulta una maravillosa asamblea. Entonces de la reunión se reciben inefables impresiones, y una fuerza espiritual galvanizante.

En efecto, todas las palabras que podamos pronunciar no tienen valor alguno si no contienen la unción divina; es esto lo que más importa. Para esto no debemos estar ocupados con nosotros mismos, sino con el Reino.

Una asamblea de verdaderos hijos de Dios, que están todos en la nota, donde circula el espíritu de Dios, es algo grandioso y sublime: es el Reino de Dios. Vemos, pues, lo culpables que somos cuando venimos a la reunión con un corazón dividido y un espíritu de distracción. ¿Cómo es posible entonces que el Señor pueda dar lo que él tanto quisiera?

Tenemos el conocimiento de los caminos divinos y, por tanto, sabemos cómo hay que proceder para ser felices. El Señor nos tiende su mano amable y caritativa. Dejémosnos conducir, diciéndole: "Adonde tú quieras, cuando tú quieras y como tú quieras", sin buscar complicaciones ni rodeos.

Los caminos divinos son de lo más sencillos, y no hay nada más sencillo ni nada más fácil como vivir la verdad; pero no hay que ser tozudo ni obstinado. Es necesario que nos dejemos ayudar, consolar e instruir. Es necesario también que queramos hacer a otros como se nos hace a nosotros mismos.

Vivimos en un tiempo muy especial. Es el momento en que el pequeño rebaño termina su carrera terrenal en sus últimos miembros, y en que se presenta el Ejército del Eterno. Es el momento del cambio de dispensación. Por tanto, no debemos asombrarnos, si surgen toda clase de dificultades.

El adversario retiene desesperadamente su reino que está hundiéndose. El, procura consolarlo tanto como puede, pero como Babilonia está destinada a la destrucción, se encamina a derrumbarse con estrépito. Entonces será la manifestación de la gloria de Dios que se extenderá a toda la tierra.

¿Qué es el Reino de Dios? Es el Reino de los hijos de Dios que se someten al Eterno humilde y gozosamente. Somos como unos niños, pero de todos modos podemos hacer grandes cosas con la ayuda del Omnipotente.

Lo esencial, queridos hermanos y hermanas, es que amemos al Eterno con toda la fuerza de nuestra alma. El objetivo que yo he perseguido con perseverancia es que mis queridos hermanos y hermanas puedan sentirse cada vez más atraídos al Omnipotente.

Mi felicidad y mi alegría es que amen al Eterno con todo su corazón, porque entonces sé que son guardados en todos sus caminos. En efecto, cuando Dios ocupa el primer lugar en nuestra alma, poseemos una protección invencible, y es seguro el éxito.

¿Cómo podemos llegar a ser felices? Amándonos unos a otros, no hay otro medio. Por tanto, es necesario aprender a amarnos. En suma, no es nada difícil. Es el adversario que nos sugiere toda clase de impedimentos. Hay también nuestro carácter que ha sido comple-

tamente torcido por el egoísmo. Si hubiéramos seguido el camino del altruismo, para nosotros amar sería muy natural.

El programa divino es maravillosamente amable. No debemos olvidar que el Eterno es nuestro Pastor y, por consiguiente, mientras lo tengamos como nuestro Pastor no puede sucedernos nada malo. En cambio, si nos fugamos del redil, esto es distinto. Pero ¿por qué nos iríamos? No hay motivo alguno. Los hijos de Dios son los más felices del mundo.

Por tanto, si experimentamos dolor y pena, es que en nosotros hay algo que no anda bien y que debe cambiar. Si a toda costa estamos decididos a transformarnos, examinemos nuestro corazón y encontraremos la causa. Entonces obraremos para mejorarnos, el Señor nos ayudará y lo lograremos. Tomemos a pecho ocuparnos de los negocios de nuestro Padre que está en los cielos.

Es lo que hizo nuestro querido Salvador. El vino a la tierra para pagar con su vida nuestro rescate. Luego hemos oído el llamado de su corazón. Ahora corremos la carrera que él nos ha abierto y que ha resultado posible con su sacrificio, para ser de los que puedan decir: "Ciertamente, la felicidad y la gracia me seguirán todos los días de mi vida."

El Señor no tarda en el cumplimiento de su promesa, sino que tiene paciencia para que alcancemos la meta. Evidentemente, hay un tiempo para todo, y la humanidad debe ser liberada. Es preciso, pues, que tomemos a pecho el cumplimiento de nuestro ministerio. Por eso, queremos poner en ello todo nuestro ardor, velar, orar y, más que cualquier cosa guardada, guardar nuestro corazón.

No nos quejemos jamás de nuestros hermanos o hermanas, miremos en nosotros mismos para corregirnos. Entonces el Señor podrá hacer en nuestro corazón un trabajo inefable. La aprobación y la bendición divinas reposarán sobre nosotros.

Como David, podremos también decir con transportes de alegría: "Ciertamente, la felicidad y la gracia me seguirán todos los días de mi vida; de eternidad en eternidad moraré en la Casa del Eterno."

Esto es lo que les deseo a todos mis queridos colaboradores, para la honra y la alabanza del Eterno, de quien queremos glorificar y santificar el santo Nombre.



Preguntas para el cambio – del carácter –

1. ¿Hemos podido exhortar con el ejemplo, procurar alegría, entusiasmo divino, ser un rayo luminoso y un bendito instrumento?
2. ¿Nos han acompañado la felicidad y el contentamiento del corazón, como resultado de nuestra honradez en el combate de la fe?
3. ¿Hemos tenido la actitud de un hijo agradecido y verídico, podido ser un motivo de consuelo, dando el primer lugar al Eterno?
4. ¿Hemos combatido el egoísmo sin dejarnos influenciar por el adversario, confiado en el Eterno y sentido la comunión divina?
5. ¿Hemos expuesto nuestra ansiedad al Eterno, encontrado fácil su yugo, dando el ejemplo de la perseverancia y de la fe?
6. ¿Hemos sido atentos a las lecciones, progresado en la pureza, la bondad, y nos ha acompañado la aprobación divina?